
EMANCIPACION DE LA MUJER.

La emancipacion de nuestro sexo va adelantando segun van progresando su cultura y su educacion.

I.

Reformas sociales hay que se llevan á efecto sin que los medios materiales tengan en ellas parte alguna; tanto están entrañadas en las leyes de la justicia y de la verdad.

En este caso el criterio de los pueblos es el solo que lleva á cabo y perfeccionamiento la gran obra; por más que la marcha sea lenta, por más que la progresion sea poco perceptible, la reforma llega á ser una verdad, y una verdad tan bella y tan grande, que no sólo da beneficios á su fin, sino que los va rindiendo desde que empieza á iniciarse.

Los espíritus impacientes, y sobre todo, los espíritus poco ilustrados, ven rara vez la ascension lenta, pero segura de la idea, el progreso de la razon y de la verdad: pero las almas elevadas y tiernas, las que viven en regiones más altas que el árido y descarnado materialismo, los que se nutren de la vida del pensamiento, esperan con paciencia el dia del triunfo, y se dicen con

santa y noble resignacion: «Va despacio, yo no veré el fin de esta obra; pero es seguro, y si yo no, la humanidad tendrá los beneficios».

Tal sucede, sobre todo, en las complicadas cuestiones sociales, en que se mezclan y unen estrechamente los beneficios morales y los materiales; y más aún en las que los sentimientos se exaltan, por la efervescencia de pasiones tan poderosas en el alma humana como el egoismo y el amor propio. Tal sucede también con la cuestion tan debatida ya, y que conocemos bajo el nombre de *Emancipacion de la mujer*, todos los hijos desventurados del presente turbulento siglo XIX.

II.

Mis queridas señoras, no suspireis por un bien imaginario, cuando teneis en vuestro poder una dicha cierta, y creed lo que os voy á decir, aunque lo leais con sorpresa y duda: la mujer está emancipada *de hecho*, cuando tiene condiciones para estarlo; *de derecho* no lo está hoy, no lo estará, y quizás no debe estarlo jamás.

La mujer tiene un sitio en la familia, tanto más elevado cuanto más nobles cualidades de corazón, de inteligencia y de carácter se reúnen en ella, ya por aquellas con que Dios le haya dotado, ya por aquellas que haya adquirido con la educacion y con la propia reflexion; si sus cualidades son modestas, si se reducen sólo á saber gobernar su casa, á amar á su marido y á sus hijos, á cuidarles, á dirigir bien á sus criados, entónces su influencia es ya grande, porque el precio de un cora-

zon fiel y de un amor á toda prueba es inmenso para la familia, que tanto necesita de ternura y de abnegacion.

Pero cuando la mujer á estas dotes reúne una inteligencia elevada, un instinto delicado, y el amor á lo bueno y á lo bello, entónces su influencia es ilimitada, su sitio elevadísimo; es la amiga y la amada de su esposo, y éste no encuentra más grata compañía que la de su esposa, hallándose, segun la sencilla, pero elocuente expresion de un marido, que es amigo mio, *á medias*, cuando no se está con su mujer.

¿Ni qué ha de hallar en otra compañía, que no pueda encontrar en la noble y fiel compañera de su vida? ¿La inteligencia? No hay ninguna tan luminosa, tan bella como la inteligencia de la mujer. ¿El afecto? En nadie lo hallaria más profundo y más tierno. ¿Lo poético y agradable de la conversacion? No hay amigo que compense las gracias de la intimidad femenina. ¿La discusion, que hace brotar la luz? Nada hay más dulce para un hombre que el discutir y dejarse convencer por la mujer que ama y que estima altamente.

Las mujeres dotadas á la vez de cualidades superiores y de gracias amables — y hay algunas, pues yo conozco varias — no han pensado jamás en emanciparse: ¿para qué? Ya saben que su opinion tiene gran valor para su marido; que su consejo es solicitado con interes, escuchado con deferencia, y muchas veces seguido con una docilidad que honra al hombre, y que le honra tanto más, cuanto es más esforzado y grave.

No, ninguna de esas mujeres, soberanas en su hogar y dignas de serlo, ha pensado jamás en la emancipacion

de su sexo; la emancipacion de la mujer está, no sólo mal definida, sino mal comprendida por todas las que aspiran á ella. A mi modo de ver tiene dos fases, que voy á exponer, pues es cuestion demasiado importante en el fondo, aunque no lo sea en la apariencia, para tratarla ligeramente.

III.

Una de las fases á que me refiero es la material; en ésta la mujer entiende por estar emancipada el renunciar al matrimonio, y por consiguiente el manejarse sus negocios, el ir á sentarse á las cátedras y el cambiar de amor á cada paso, ó el vivir sin ninguno y en la soledad más árida y más helada.

¿Hay alguna de mis lectoras á quien ilusione este programa? Estoy segura de que no.

La segunda fase, ó sea la moral, es el deseo de ser considerada como *alma*, y no como *cosa*; como compañera, y no como esclava; aspiracion naturalísima en la mujer; deseo tan legítimo, que cuando no le abriga, es indigna de toda estimacion.

Pues bajo esta segunda fase, la noble, la ideal, la mujer está emancipada; tiene libertad de obrar dentro de su pura y elevada esfera; tiene libertad de pensar, libertad de consejo, libertad de accion, libertad completa bajo todas las formas que la necesita; y no sintiéndose esclava, sino perfecta y noblemente libre, sólo queda sujeta por los lazos de flores del amor y de la gratitud, hácia su esposo, de quien es compañera y amiga.

Mis queridas señoras, nuestro destino está en nuestras manos cuando el cielo ha puesto á nuestro lado un padre, un hermano ó un esposo, que tenga corazon y sepa estimar lo que valemos; y si la suerte nos ha negado esta dicha, áun nos queda otra, serena, eterna, inefable; la paz de la conciencia y la estimacion y el respeto que involuntariamente nos dan los que son indignos de nosotros.

IV.

Educaos, jovencitas, que ahora empezais el camino de la vida; aprended á ser buenas, y sed á la vez bellas y agradables, pero sin entregaros demasiado á la frivolidad; cultivad vuestras habilidades para embellecer el hogar, y vuestros esposos se hallarán bien en él; aprended á discurrir y á reflexionar; leed algun libro serio, para que podais ser sus amigas, partir sus pesares y sus alegrías, y dar vuestro dictámen en la educacion y establecimiento de vuestro hijos; es preciso que sepais ser las amigas, las compañeras de vuestros esposos, porque si no, seréis ó sus jugetes ó sus amas de gobierno, destino triste de las mujeres que desean ser emancipadas.

Si quereis siempre complacer á vuestro marido, si le considerais sobre todas las cosas, si le evitais todo disgusto, toda amargura, le dominaréis dulcísima y seguramente; el hombre tiene cierta cantidad de amor y de ternura que gastar; si no la emplea en su casa, la *mal emplea* fuera, es decir, en otra casa; es un caudal que

por nada en el mundo quiere guardar; ayúdale, pues, con buena voluntad á que lo gaste, para evitar que lo disipe. No es la mujer áspera, dominante, voluntariosa, descuidada de su persona, la que cautiva y retiene al hombre, y mucho ménos al marido; un corazón bueno y sano bajo esa apariencia ruda, es una rosa en el fondo de un zarzal, nadie la coge ni la mira; y es triste decirlo, al sexo fuerte le cautiva tanto..... ó más lo agradable que lo bueno.

Estais emancipadas y sois libres desde el momento en que seais verdaderamente *compañeras* del hombre; porque si no teneis voto en los consejos, lo tendréis en su corazón; si no curais como los médicos del cuerpo curaréis como los doctores del alma; si no defendeis vuestros pleitos, evitaréis que vuestros maridos los tengan; si no sabeis tirar al florete, sabréis encantar las veladas tocando el piano y sabréis hacer ramilletes que embalsamen la atmósfera de vuestro salón; y en vez de soñar con el *amor libre*, utopía horrible y desvergonzada, comprenderéis el amor en toda su grandeza, en toda su alegría, en toda su santa y noble constancia, por el que tengais á vuestros esposos.

LA FELICIDAD.

I.

Enfermedad endémica de la humanidad es el descontento de la propia suerte.

El pobre desea una holgada medianía.

El que disfruta una posición desahogada, anhela las riquezas y el fausto.

El rico se queja de los cuidados que su misma opulencia le proporciona; de pesares, que suelen ser imaginarios, y muchas veces de la falta de afectos, que es el más grande de los males.

Es propio de la pobre condición humana el anhelar siempre un *más allá*, que pocas veces puede conseguir; porque así que ve realizada su esperanza, otra nueva ocupa el sitio de aquella, y los deseos, como la hidra de la fábula, renacen incesantemente.

¿De dónde procede tanta queja y ese malestar general? Yo creo en mi humilde juicio que de varias, pero todas remediabiles, causas. De la ambición. — De la vanidad. — De la ociosidad. — De la envidia.

Para vosotras escribo, mis queridas señoras: al sexo

fuerte no me atrevo yo á decir mis opiniones, y ménos me atrevo aún á juzgar las suyas; pero el sexo débil, el mio, me inspira confianza, porque me entiende muy bien, me quiere y me concede la razon cuando le expongo lo que pienso.

¡Da tanto valor á todos, y más á la mujer, el verse comprendida y aprobada!

Hablemos pues, señoras mias, hablemos de la felicidad, tan escasa en la tierra, y tan anhelada, por la misma razon de que la conocemos poco.

II.

Una jóven á quien quiero mucho, deseaba un lindo traje, cuya posesion logró despues de repetidos ruegos á su madre; algunos dias despues, indicándole yo que se lo pusiera para acompañarme al teatro, me contestó:

—Ese no; me pondré otro cualquiera.

—¿Y por qué no ése?

—¡Porque no le puedo sufrir! Cuando no le tenía le deseaba mucho; es que veía uno igual á la señorita C..... ¡Ahora de cerca me parece tan feo, como lindo me parecía entónces!

Este sencillo ejemplo pinta perfectamente la inconstancia de nuestros deseos, y cuán poco valen por lo regular los bienes que tanto apetece.

El alma busca á su patria, que es el cielo, y no vive contenta en la cárcel del mundo: atormentala á veces una ansiedad vaga y dolorosa; pero de esta tristeza—propia solamente de las almas privilegiadas— á la ambi-

cion vulgar, á la discola displicencia del mal carácter, creo que hay una inmensa distancia.

Nada conozco de más triste que el estar al lado de una de esas personas quejumbrosas, indiferentes á toda ocupacion, exasperadas con su propio destino; las personas descontentas de su suerte son horriblemente desgraciadas, y labran la desdicha de todos los que las rodean; ¡al derredor suyo no hay amor, ni alegría, ni esperanza!—¡Gimen sin cesar, y á veces por costumbre; todo lo hallan malo y depreciable, desde su alimento hasta sus muebles y vestidos; y al mismo tiempo que deploran sus privaciones, desean todo lo que poseen los demas!

III.

Muy fria, muy poco propensa al amor debe ser el alma de esos pobres seres que se fastidian de todo; naturalezas secas, faltas de savia nativa, deben por su propio interes procurársela artificial, bajo la pena, si no lo hacen, de convertir su vida en un desierto horrible, en un erial espantoso.

—Yo no tengo la culpa de ser así, dicen algunos de esos infelices tísicos del alma; si nada amo, si nada espero, y si casi en nada creo, culpa es de quien de esta manera me ha creado; el libre albedrío no existe, y nadie es más que aquello que puede ser.

Este argumento me pareco hijo de una cobardía moral á toda prueba, y, como ya he dicho ántes, nacido de una alma seca y egoista; porque dado caso que haya

propension al desaliento, el trabajo, el noble y santo trabajo está al alcance de todos, y el trabajo es á la vez manantial de riqueza, amigo fiel, salvador esforzado, y dulce consuelo de todos los dolores.

La imaginacion ociosa empieza por desarreglos leves, y acaba por enfermar gravemente; que enfermedad y muy dolorosa es el soñar con imposibles y desdeñar la realidad por hermosa y santa que sea; y efecto terrible de esa cruel dolencia es el cansarse, lo mismo que de los [objetos, de las personas, y lo mismo de lo material, que de lo moral y elevado.

¡Horrible tedio! Tú eres el más cruel azote de la humanidad, y más os deseo, mis amadas lectoras, el dolor que el aburrimiento; al ménos, sufrir es vivir, y sobre todo, sufrir por los que amamos, nos eleva á nuestros propios ojos, que es ya una dicha muy grande; la propia estimacion es el primero, es el más inmenso de los bienes.

Después de una conciencia pura—que es manantial inagotable de alegría para el alma—la felicidad reside en nosotros mismos; y, sobre todo, la mujer debe crearse su mundo especial, independiente de todos los acontecimientos de su vida, independiente hasta de las ajenas voluntades.

IV.

No os puedo decir, mis queridas señoras, cuán grande es mi simpatía por las mujeres sentimentales, y cuán profundo es mi horror por las fuertes y preocupadas;

me parecen éstas una anomalía en mi sexo, y aquellas su más dulce y hermosa representacion. Admito, sí, admito y creo, que nunca se puede elogiar bastante la firmeza de voluntad para llevar á cabo toda obra buena; para la direccion de la familia; para defender los intereses ó la propia dignidad; pero esta fuerza de voluntad ha de estar atemperada con la suavidad de la forma, con la sensibilidad del corazón, con la tolerancia y benevolencia del carácter: porque el lenguaje que hace ostentacion de fuerza y de violencia, me parece en la mujer cosa opuesta á su condicion y á todo aquello que agrada y seduce en ella.

Es muy natural en nosotras el tomar cariño á los trajes, los libros, las flores, los muebles, la casa, á todo aquello en fin, que nos rodea, nos alegra ó nos presta sus servicios. Conozco mujeres que no cambiarían su modesta vivienda por el más espléndido palacio; todo lo suyo les agrada; las santas imágenes de su dormitorio, las hacen compañía; los perfumes de su tocador las llevan á la bella region de sus recuerdos; guardan en un armario de cristales los juguetes, los libros, los dibujos de sus hijos cuando éstos eran niños; guardan las flores secas que su esposo les dió frescas y hermosas en el tiempo feliz de sus amores; guardan la primera carta que sus hijas les escribieron; en su hogar han formado un pequeño mundo, y han cuidado de embellecerlo, de adornarlo, de ponerlo alegre, y en su hogar son dichosas.

Es en vano esperar la felicidad, ni de la amistad ni del amor, ni áun de los lazos de la familia; todo lo que

depende de otras voluntades y de acontecimientos imprevistos puede faltar, ó variar á lo ménos; es en vano tambien buscar felicidad perfecta; ésta no existe, como no hay jardin, por muy poblado que esté de hermosas flores, donde no asomen todos los días hierbas venenosas ó punzantes zarzales; pero llevando con resignacion las contrariedades, y aún las penas de la vida, el dolor es menor que rebelándose contra ellas.

V.

—«Lo preciso, lo indispensable es amar—dice Alejandro Dumas—no importa qué, no importa á quién; ¡amad y estais salvados!»

Y una española, gloria de nuestra patria, Santa Teresa de Jesus, la ilustre doctora y fundadora, dice tambien:

—«El infierno se encierra en dos palabras: no amar.»

Pues bien, lectoras mias, amemos y ocupémonos constantemente, para tener contentos el corazon y la cabeza, y ésa es la dicha; dejemos á un lado el yo, y pensemos en los demas; el amor tiene diversas formas, pero la más sublime de todas es la caridad; la caridad, que da pan al hambriento y consuelo al desgraciado; la caridad, que puede ser moral y material, y que puede llenar una gran parte de la vida.

Amemos con abnegacion, con indulgencia, con ternura á nuestra familia, aunque sea sin esperar de su parte una perfecta correspondencia, porque nos basta amar para ser dichosos.

emision de libro...
emision 50
500

Pensando en los que son más desgraciados que nosotros, siempre nos consideraremos felices; dejemos de mirar á los que viven más altos en la escala social, y cuando lo hagamos, pensemos que acaso en aquellos corazones cubiertos de terciopelo y oro habrá muchas lágrimas contenidas, muchas amargas penas de la que no tenemos ni aún idea; no hay en el mundo ley más ineludible que la de las compensaciones, y cada uno trae al nacer su parte de penas y de dicha; conservemos ésta todo lo posible y no aumentemos aquéllas.

La ocupacion constante es el mejor elemento de dicha para las imaginations activas; es agradable y hasta necesario dar al mundo una parte de nuestro tiempo: pero sólo en nuestro hogar—y eso aunque esté solitario—sólo en nuestro interior, reside la verdadera felicidad, y sólo debe envidiarse á los que pueden grabar con el cincel de la verdad, en el umbral de su morada, estas palabras:

AMOR Á DIOS Y Á LA HUMANIDAD, Y PAZ EN LA CONCIENCIA.